

E S T
A C I
Ó N 1 4
P O E
S Í A

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Julia Uceda [3] Jorge Ortega [4] Luis Vicente de Aguinaga [5] Emilio Quintana [6] Adolfo Soares Nogueira [8] Noni Benegas [9] Juan Peña [10] Enrique Baltanás [11] Rocío Cerón [13] Jorge Valdés Díaz-Vélez [16] Juan Lamillar [17] Montse Ordóñez [18] Lawrence Schimel [19] José Carlos Cataño [21] José Daniel Espejo [22] Rosario Pérez Cabaña [23] José Luis Velázquez Vázquez [27] Gerardo Venteo [28] Jesús Cárdenas [29] Jorge Villalobos [30] Alfredo Félix-Díaz [31] Pedro Gandía [33] Francisco Socas Gavilán [40] Juana Castro [42] José María Parreño [43] José Domingo Mora [48] Carlos Serrato [49] Narciso Raffo [51] Juan Bonilla [52] Blas Muñoz Pizarro [54] Sandra Sánchez [56] Ismael Cabezas [57] Juan Cobos Wilkins [58] Lutgardo García Díaz [60] Jesús Cárdenas [60] Margarita García Candeira [63] José de María Romero Barea [65] Juan Carlos Abril [66]

Julia Uceda

UNO

Hubo alguien,
un día,
que bajando sus párpados
liberó el aire de su alma: creyó
haber ganado una batalla
que aún se libra. No lo supo.

No.
Nada.

Los perros perros aguardaban.
Eran ya así: desechos, mugre, sonidos
en el orden leproso. Se jugaron
la fe de otros y los bendijo
quien todo lo bendice: nada quede
desordenado. Jinetes amiloides
cruzan la niebla.

Nada.
No.

Todos estaban
de acuerdo. Menos uno.

Y ese
ya se ha ido.

Jorge Ortega

SOBREMESA

No retire de nuestra vista, señor camarero, los despojos del combate, objetos cuya disposición mantiene a raya el orden del cosmos. Los platos salpicados de migajas, la tetera vacía, el cuenco de mostaza. Olvídelos ahí, tal como están. Ellos le dan sentido a la palabra más allá de toda despedida, cuando el sol claudica en los dinteles y el ocaso eclipsa una cita a la que ya ninguno acudirá. Hemos venido al mundo para ver arder la cornamenta del día. Su brillo persiste en las pupilas a fin de aluzar el secreto holocausto de la oblea en el tablero de las debilidades. El rastro de las consumiciones encamina al banquete de las cenizas, esa provincia sin nombre en la que los senderos se intersectan antes de arañar el cielo. Oh frescura perenne, cima de la jornada donde la concordia de los convidados encarna una forma de altitud, un viso de perpetuidad. Cualquier pacto es posible. El hambre ha quedado atrás y resta sólo hablar hasta que la siguiente botella libere su última gota de convencimiento. Nadie saldrá de aquí pensativo o cabizbajo. Tampoco en busca de la luna o afinando el oído para consultar entre las antenas y los edificios el tenue oráculo de las nubes. Las viandas borran la cauda del deseo y dejan sobre la plaza del mantel la memoria de una antigua travesía: sobras, partículas, boronas; cáscaras miliares que invocan un origen y conducen al sueño de otro comienzo

Luis Vicente de Aguinaga

BLAK & BLU

Antes que amaneciera,
dudé si esta corbata
era negra o azul.

Llegando al mediodía,
ya no estaba seguro
si, azul o negra, la corbata
era más bien un par de calcetines
o medio pantalón cortado por lo largo.

No vi pasar la tarde
por ver, por oír qué:
la sombra, el ruido microscópico
de un color indeciso
que no se llama de ninguna forma.

Me sigo preguntando, ya de noche,
si eran dedos los dedos y eran míos
los que rozaban esa tela
susurrante, y oscura, y apenas arrugada.

Emilio Quintana

EL POEMA DE LAS ESTACIONES

Nunca seré del tiempo aunque en el tiempo viva

J. E. CIRLOT

I

Algunas tardes
nos íbamos en bici
para mirar el mar

De pie sobre las rocas
los barcos entrevistos
ante un horizonte incierto

A la vuelta
dábamos un rodeo para ver
la desvalida torre

para oler
las manzanas podridas del jardín

II

Caminar por la nieve
a ciegas
entre brezos

es la única forma de olvidar
lo que una vez
fue tuyo

lo que una vez no supo de renunciadas

III

Nunca estuve en la granja

en la casa
con techo de carrizo

junto al embarcadero
en que anidan los patos

sin embargo

es allí donde habito
en la estrecha buhardilla somnolienta

la que daba al jardín
de los cipreses

IV

Como en una película francesa
tomamos el desvío
hacia la carretera de la costa

Los troncos con su sombra desdibujan
un anhelo de luz
en las pupilas

Que no es este el camino
lo sabemos los dos

es la turbia querencia de los acantilados

Adolfo Soares Nogueira

CALLOS CALIENTES

Una noche sediento de amor
acudimos sin ganas a cenar a A Baixa.
Yo me hubiese alimentado solo con la brisa,
pero no podía bebérmela.
Pedimos *vinho verde*, dos botellas,
que me bebí yo solo, como de costumbre.
Tú pediste el bacalao de siempre;
yo callos a la manera de Oporto.
Me los sirvieron calientes, como era de precepto.
Llamé al camarero y le indiqué, disculpándome,
que los quería muy fríos.
Como sabía que no llevaba razón
comprendí que no me los trajera. No discutí.
Pagué la cuenta y fumando te esperé afuera.
No podía comerme unos callos calientes
a la manera de Oporto teniéndote delante:
sabes que nunca he sido un fingidor.

Noni Benegas

DOS SUEÑOS

Tomo un libro de la mesa de novedades, y al abrirlo caen unas páginas. Intento recuperarlas para volverlo a armar. La gente se vuelve y mira. Me oigo decir: *lo compro de nuevo...* ¿cuánto puede costar? Responden: *carísimo; son libros importados y valen un dineral.* Al cabo me entero de que ese cuadernillo que se soltó es el correspondiente a mi vida. El resto es de otros autores.

*

Iban a hacerla desaparecer a la manera egipcia. El detalle era que le cortaban la mano derecha por haber sido una letrada. Escondían el cuchillo dentro de un pez color plata abierto a lo largo, y lo llevaban hasta donde ella estaba. Luego, veía cenizas en una urna. Pero no la mano. Pensé que igual seguiría viva, tecleando.

Juan Peña

QUESO

El pasto de los valles
que crece entre montañas.
Las vacas que apacienta
y ha ordeñado ese hombre
que lleva de la mano a su hijo.
Una mujer exprime el cuajo
en el paño que teje la muchacha.
La cueva oscura,
donde se hace la leche
dura y blanda.

Todos me habéis servido,
soy el dueño de todos,
del espacio y la lluvia,
cuando he mordido el queso.

Enrique Baltanás

BRIGITTA Y STEPHAN

(Sobre un relato de Adalbert Stifter)

Un jinete cabalga por la estepa.
Va a encontrarse con un antiguo amigo
a quien no ve desde hace mucho tiempo.
Se trata de un país que desconoce
y acaso ahora haya perdido el rumbo.
Sobre las lomas verdes de un brezal infinito
ve a lo lejos cabañas de pastores,
manchando de humo blanco el cielo azul.
A ellos se dirige y les pregunta.
En efecto, está cerca. Ellos le guían
hasta el castillo de aquel viejo amigo.
Así comienza, en un país remoto,
la historia que el jinete nos relata.
Es una hermosa historia,
la más hermosa historia de la lengua alemana
-al decir de los críticos-,
la de Stephan Murai y la de Brigitta Maroshely,
la de estos dos esposos separados
por una historia de infidelidad
que una vez ocurrió...
que nos habla de amor y de belleza
y de ese hermoso don que es saber perdonar,
y amar después de haber amado mucho.

Pero tan sólo es una novela.

Muchos años después, aquel jinete,
de regreso en su patria,
trata de realizar esa novela
en la prosaica historia de su vida.
Y no lo logra nunca.

Ni tampoco su autor, el desdichado de Adalbert Stifter,
la pudo revivir en propia vida.
Quizás no pudo nunca perdonarse
su ambigua relación con dos mujeres,
o no supo encontrar para su vida
belleza y armonía,
o verdadero amor,
esa luz que ilumina su relato.
Y una noche en que solo se encontraba,
y enfermo y deprimido, tomó una
de sus navajas de afeitar...
Y así, por propia mano,
puso fin al desgarró de su vida.

Había escrito mucho. Su obra fue apreciada
por Nietzsche, Thomas Mann, y Kafka... y Rilke...

Y es que el Arte es el Arte; y la Vida... otra cosa.

Rocío Cerón

OBSERVANTE

I

Marcas y hendiduras. Óleos. Desde la figura de la mujer semidesnuda la sinfonía del silencio levanta travesaños, muros. Línea blanca sobre vacío. Negro níveo. Una frase en alemán sobre el ser. El giro de los soldados rusos en la trinchera. La dentadura de la muerte nace en la soledad, en la vista que arroja el reflejo de uno mismo sobre uno mismo. Trama.

II

Cruzados hilos de metal inciden sobre tierra. Volcánica coraza de piedra, canto que desemboca en lodo. Turbiedad. *Entretanto las noticias calababan, las noticias de esos cuerpos. Los cuerpos.* Contrapeso, gravedad del bloque, liviana presencia ante multitud. Grava. Seco paso de pies sobre miles de recuerdos. *Sucedía que las cifras habían obtenido nombres propios. Nomenclatura de piel y memoria.* Tronco. Construcción piramidal para albergar bóveda celeste. Apisonado y fragua. Colgante viga. Estabilidad del conjunto. *Se decía, entonces, que el nombre de ella era robusto y frágil, como la muerte.*

III

Ensayar límites de esfuerzo y resistencia: Desanudaciones de agua en el estanque; pereza y lucidez enredadas; imantación de fuerzas jalan hacia orillas distintas; cuerpo sobre otro de distendidos músculos y lenguas: mano izquierda que empuña un filo; piedras de lodo seco sobre hojas que penden entre materia y viento; un niño trepa por un árbol de inclinación casi galáctica, abisal; silbido, gorjeo, ambos desafiantes ante el ruido opaco de los autos.

IV

Laceraciones acústicas en umbral áurico. Sonsonetes y piar de ave azul que combate toda tristeza, todo nudo melancólico. Así, hasta en ramas caben cuencos de sangre, como nidos polvorientos llevados entre mareas de familia.

V

Cinco párrafos emiten coordenadas en las copas de los árboles. Paisaje envolvente. *Entre tezoncles te veas*. Hacia un lado o al otro, como maquinaria de pistones sin cese. Camuflaje puro de vida, como queriendo asirse a temblores, montañas, marejadas y un volcán que aún, sobrevive.

VI

Hombros. Formas sobre otras. Dientes, caderas, frente. El reflejo constituye una caja infinita. *Matrushka*. Destrucción o restablecimiento. *Al trote del animal, darle oído, ojos*. Maleza. Jardín a la mirada, fondo tornasol donde perviven –se miran– verde heliógeno, verde abedul, verde fieltro, verde cardenillo, verde tilo, verde fronda, verde moho, verde cromo, verde reseda, verde musgo, verde jungla, verde bronce, verde hiel, verde savia, verde cadmio, verde ópalo, verde loden, umbro verde, verde victoria, verde veneno.

VII

Santiguarse entre piedras y cardenales. Escritura de canto primero donde se escucha el tiempo. *Levedad basáltica*. Minutos vueltos segundos, segundos al paso, al paso. La soledad del viento; luz baja que recuerda sobre fontanela cerrada la marea de lava. *La imagen arde en el lenguaje*. Centésimas de instante camufladas por gritos de niños a la salida del colegio. Se prolonga el arco del minuterero en el torrente bajo –a presión– del silencio.

VIII

Diques y vetas, volumen. Roca plutónica a pies de acantilado. *En ese encuadre, acariciarle el muslo a la mujer de cabello largo.* Manto terrestre y corteza, densidad mineral recogida por el oído. *En ese declive, azuzar a la muerte.* Materialidad ígnea, abastecimiento de sentido por forma y vértice. Hacia el precipicio, el salto, es siempre hacia las alturas.

Jorge Valdés Díaz-Vélez

EXPRESO DE MEDIANOCHE

Dentro del sueño pasa un tren,
y en sus ventanas campos, ríos,
álamos, puentes y caballos
se alejan para siempre. Un niño
observa el viaje de las cosas
hacia el pasado en que se fugan
los colores. Mira también
sus ojos en el vidrio, el vaho
de su respiración. Vislumbra
sombras, reflejos de su padre
con un libro en las manos. Duerme,
y en el cristal también se borran
sus leves párpados cerrados.
Veo a mi hijo en ese niño
que me contempla desde el vidrio,
miro a mi padre al ras del sueño
contra el temblor de la ventana.
Él no me ve. No puede oírme.
He nacido una vez, y muchas
otras he muerto en ese tren
que se detiene sólo al alba.

Juan Lamillar

RAFAEL INGLADA

Ved a micer Inglada anclado a su minerva
componiendo con tino primorosas entregas.
Voluntario se aleja de azarosas refriegas,
de las líricas lides de la casta proterva.

Con paciencia de monje fatiga los archivos,
anota con pericia las más arduas cuestiones,
comisario tan sólo de las exposiciones,
policía ya de erratas, ya de signos nocivos.

Picassiano impasible, donde él nació trabaja.
La palabra de Lorca figura en su horizonte,
y acuciado y alegre por tal pasión bifronte
de Pablo a Federico sin descanso viaja.

Con sus fotos y álbumes levanta unos retablos
de grata maravilla, de calculado ensueño.
Arcángel erudito del dato y el diseño,
por igual se encomienda a dioses y a diablos.

Montse Ordóñez

CON LA VIDA A MEDIAS

No sé qué hacer con esta vida a medias
las mañanas son como planetas
que de puntillas se alejan de su órbita
las noches son como bosques
cuya densidad cae como el plomo vencido por el miedo.

A veces me detengo en un margen
y me quedo en silencio
como aquella mujer descalza
que por la orilla del río
iba escuchando
el susurro de las ramas.

Lawrence Schimel

VIAJAR AL PASADO

Llevo cuatro años sin estar allí
pero el mismo camarero sigue
limpiando las mesas e intentando

ligar con los clientes. Así es la vida
gay en una ciudad pequeña como
Liubliana: esperar la llegada de alguna

novedad. –No has cambiado
nada –me dice, aunque lo que espera
es que él mismo no haya envejecido

mal durante estos años. Han renovado
el hotel desde mi última estancia,
y él ha intentado hacer lo mismo:

su pelo teñido, un color que tiene más
de fantasía que de memoria. Quizás
estaba ya pensando en el pasado

y por eso no fue un *shock* mayor
al abordar en Múnich la conexión
a Madrid y encontrarme literalmente

con un chico (ya hombre) con quien
tuve una aventura hace trece años
saludando a todos los pasajeros

como sobrecargo del vuelo. El sobresalto
de cruzarte años después con un ex
es el asombro de encontrarte con

un *doppelgänger* de ti mismo:
ese tú que sigue viviendo la vida
que dejaste atrás. Apuntando estas líneas

durante este último trayecto a casa,
me pregunto si ese otro yo
también escribirá unos versos

sobre el haberme encontrado hoy.

José Carlos Cataño

Las nubes no pasan sin más.
Se borran, cambian de apariencia,
Se apagan en rincones ignorados
Adonde no alcanza la vista.
Aquí sin embargo se dejan
Iluminar por las farolas
Que vierten sus reflejos en el agua.
Estandartes sin mayor importancia,
Fugaces, bornean a otras orillas
Como el sueño o el latido de alguien
Que al fin ha encontrado su sitio.
A nosotros también nos roza
El breve relumbre de algo sin cuerpo
Con el soplo de algún lugar,
Y seguimos siendo los mismos.
Las nubes no cumplen otra función
Que alumbrar apenas, como si fuera una brisa
Inesperada,
Carente de sustancia.
Un parpadeo del sentido son,
Un reto para ser nombrado
En las venas abiertas de una página.
Principio o merodeo
Pérdida y fuego son,
Fuego en distinta inteligencia.

José Daniel Espejo

BAILA MORENA

Si esperas a las 12
delante del espejo
y cierras y abres los ojos
tres veces y empiezas un poema
sin saber hacia dónde en la llanura
vacía de sentido en el océano
Ella te espera
sin rostro sin forma la Dama
el cetáceo adelante
di alguna tontería
cómo se llama este baile
sobre todo no la pises.

Rosario Pérez Cabaña

MIENTRAS HABLAMOS

I

Qué pasó, dónde y cuándo
quedarán y en qué pecho.
Se alejan todos
mientras hablamos.
Parecen caminar de espaldas,
apenas puedo oírlos;
no sé si vuelven o se marchan;
están, tal vez, en el preciso suelo
donde se funden estas cosas.
(No creas sus mentiras.
Tan sólo son memorias).

II

Dime, ¿acaso tú recuerdas más allá
de la cena de esta noche? Fue así,
sencillamente:
una luz formidable
hacía inadmisibles las ventanas,
todo quedaba dentro bajo la luz,
fuimos algo en aquel estar.

III

El ladrido de hoy
convierte en realidad este silencio.
También el pájaro
que imita tu silbido
contribuye a la existencia del mundo.
Desaparecen los dientes fatales
mientras hablamos, tan callando,
y todo parece volcar
una sustancia que se pega
a las pestañas, las engruda,
y pasan por dentro las procesiones.

IV

¿Oyes?, ¿escuchas como yo
el murmullo de la lejanía?
Pienso en palabras.
Absurdamente traen el ansia
del hambriento, verbos nutrientes
que caen por el cuello
como la crema de la leche;
que fluyen como ríos arteriales
que bajan de tus muslos
cuando eres solo imagen de un delirio.
Se van. Estamos solos.

V

Ahora te traigo entre las manos
como si no estuvieras, pero estás.
Bajas las escaleras
y la fiereza de sabernos es

el extremo más humano del mundo.
No hay nada más allá. Más allá
termina todo.
Estamos solos,
con la rabia de vernos
que es deseo en otra lengua,
la lengua ajena
—pero esta lengua es otra:
es una y nuestra,
el idioma primal de las gargantas.
Y este latir inconcebible
nos ríe como brujas
que rabian entre llamas,
viendo volar en círculo las brasas
sobre nosotros. Es la risa
de estar vivos y en rabia, amor.

VI

Ya se han ido. Es el jardín ahora
el que nos mira
con el olivo entre los brazos,
acunando los frutos del granado.
Los pisaremos
antes de que nos lleguen a la sangre.

VII

Y no habrá más. Solo lo inconfesable.
Marchan en silencio.
Es esta luz quien dicta la mudez
inquieta y sabia y temedora
de errar en las distancias.
Y yo quiero escucharte
en esta tarde interminable,

manchar de cruces los sudarios
y dejarnos de bendiciones.
Mirarnos en los ojos cerrados de los ciegos
y ver cómo el tiempo envidioso escapa
mientras hablamos.
Quiero algo sagrado que huela a tierra
quemada y renaciente.
Algo parecido a una verdad.
Quiero una voz, amor, exacta
y delirante, que me diga,
que me inscriba en la piedra.

(Es un deseo sin vestir,
recién nacido).

José Luis Velázquez Vázquez

SILENCIO

On a late summer night without stars, with no house or town in sight.

CHARLES SIMIC

El viejo paso nocturno siempre ha sido un lugar solitario
donde solo subsiste una pequeña gasolinera.
El motor del chevy rabiaba furioso de placer sobre el asfalto
húmedo de luna llena.
Los muchachos habían tenido suerte aquella noche y ahora se
dirigían a celebrarlo en algún antro
de luces rojas al otro lado de la frontera.
Mientras, bajo una desnuda bombilla de tungsteno, detrás del
mostrador, el cajero de desangraba
en silencio

Gerardo Venteo

ESTE TIEMPO AHORA

Tu voz quebrada en la elipsis.
Ausente ahora. Este, ahora,
un tiempo de zozobra
bajo la arena del desierto.
Dime, ¿qué arde ahí abajo,
qué te quema?

Jesús Cárdenas

DENTRO DE UNA PIEDRA

Como Girondo yo también viví
dentro de una piedra olvidada
sin comprender ni abrazar
nada que me arrancase de lo oscuro.
Como piedra sentí
el taladro del ave picoteándome,
las idas y venidas del mar,
las olas rompiendo contra mí.

En ningún momento supe explicar
el infortunio de verme de este modo,
y nada hacía pensar en el silencio de limo
que es hallarme comprendido en esto
que apenas soy.

Jorge Villalobos

SIEMPRE QUISE ESCRIBIR UN POEMA PARA JANE

“Después de Luis no me supo tan amarga la cerveza”

PABLO GARCÍA CASADO

Querría haberte escrito
poemas de amor que fuesen de verdad
y no las estrofas de siempre.
Hablarle de proyectos de futuro,
llegar juntos a fin de mes,
veranear con un piso
en primera línea de playa,
que la seguridad social nos llegue
y jubilarnos juntos.
Querría haberte escrito, de verdad,
poemas de amor creíbles,
de esos que comparten el mismo
bono bus, de esos que pagan a medias
pizzas a domicilio, que compran lubricantes
para hacer el amor más sencillo y más ágil.
Escribir sobre cajas de mudanza,
futuros que nunca se encuentran
en las estrofas de siempre, futuros,
y apoyarnos en la impotencia
del paro. Poco más.
Conseguir que, de alguna forma,
mis poemas de amor más honestos,
más solemnes sean estas diminutas,
pequeñas cosas, las que seguirán
aún viviendo contigo cuando cierre esta puerta
para no volver nunca.

Alfredo Félix-Díaz

LECTURAS

Te devoraste el *Vogue* de una sentada
y ahora quieres que te cuente mis
fantasías. Averiguar si cuando
te robo el alma a besos me figuro
que eres otra. Madonna en los ochenta,
por ejemplo, o alguna actriz de Hollywood,
y cuál precisamente. La esquelética
inglesa Keira Knightly o quizás Scarlett
Johannson, la sensual musa de Woody
Allen. O si soy más perverso aún
y te alucino usando las calcetas
largas de tu sobrina y su uniforme
a cuadros, como un Nabokov monstruoso.

Nada de eso, mi amor, mi fantasía
es un delirio histórico inocente
—excepto porque en él eres mi esclava
y he matado a tus padres y asolado
tu suburbio y me amas con locura,
como quien teme por su vida—. Pero
eres tú, con tus mismos muslos blancos,
tu ojos grises, tus voraces uñas,
el fuego que arde en ti cuando enardeces.

Por las noches soy Áyax, vida mía,
y tú me has demostrado que el amor
soporta los abusos más infames,

y tú me has dado un hijo aclimatado
a las crasas bellezas de la guerra,
me has aceptado como el colosal
asesino que soy. Y tú me quieres.

Pero ahora Atenea, —la cruel diosa
que nada entiende del amor— planea
destrozarme y me ofusca con psicosis
suicidas y el destino me acorrالا.

¡Qué vas hacer para salvarme, amor!
Descarta, de principio, las palabras,
hasta en boca de Orfeo insuficientes.

Tampoco es argumento nuestro hijo:
estoy asegurado y si me mato
fingiré con astucia un accidente
para que cubran todo su sustento.

Pero no pierdas la esperanza, pues
quizás, si te desnudas como Keira
en una fuente y me hipnotizas como
Scarlett en la película *Match Point*
y tu sobrina se une a nuestro juego
y tú me besas mientras ella canta
touched for the very first time... Like a virgin...
decida posponer mi harakiri.

No me veas así. Anda, amor mío,
pon eso en el maldito cuestionario
del *Vogue* y déjame leer a Sófocles.

«Te estás buscando una tragedia!», exclamas,
encanutas al punto la revista
y me aflojas los dientes de un revés.

Tres poemas de Gérard de Nerval

TRADUCCIÓN Y NOTA DE PEDRO GANDÍA

Precursor del Simbolismo y antecesor del Surrealismo, el más puro Nerval es el del final. El Nerval de “Iniciado”, “Vestal” e “Hijo del Fuego” de *Aurelia*, una de las obras más importantes de la literatura mundial, y de los insólitos e intangibles sonetos de *Las Quimeras*, versos sin precedentes en la historia de la literatura francesa. Que no se explican, se dan.

Passy, 1841. Clínica del doctor Émile Blanche. Nerval no deja de escribir. Se lo ha recomendado el doctor como terapia. La locura aviva en él su facultad creadora y su pensamiento. Empieza a tomar notas de *Aurelia*. Cada noche la pinta en las paredes de su cuarto, “una mujer gigantesca nimbada por 7 estrellas”, y cada día los locos se la borran. Aurelia es la madre muerta, la “Madre Eterna”. Y también Jenny Colon, muerta al año siguiente, el 5 de junio, en circunstancias extrañas. Una mezcla sincrética entre Isis, la Reina de Saba y la virgen María. Comienza a escribir *Las Quimeras*.

“El Desdichado”, soneto-tumba, pertenece al gran ciclo de “la correspondencia universal”, según Jean Richer, y goza de tantas traducciones al castellano que ya parece español. Nerval ve a Aurelia por todas partes. Lo escribe en 1853, en la casa de salud del doctor Blanche, con tinta roja y las correcciones en negro, tal aparece en el manuscrito Lombard. Publicado el 10 de diciembre, en *Le Mousquetaire*, será reproducido con variantes, al año siguiente, en *Las Hijas del fuego*.

Del mismo ciclo es el soneto “A J-y Colonna”, compuesto con los cuartetos de “Délfica” y los tercetos de “Mirto”, perteneciente, según Richer, al grupo de los sonetos de inspiración napolitana y oriental. Escrito antes de la muerte de Jenny, no fue publicado hasta 1924, tal como aparece en el manuscrito Dumesnil.

“Notre-Dame de París” muestra a otro Nerval, aquel del tiempo en que *ronsardisait*. Publicado en 1832, en *L’Almanach des Muses*, pasó luego a formar parte de las “*Odelettes*” de *Pequeños Castillos de Bohemia* (1853).

L'INCONSOLÉ

*Je suis le Ténébreux, –le Veuf–, l'Inconsolé,
Le Prince d'Aquitaine à la Tour abolie:
Ma seule Étoile est morte, –et mon luth constellé
Porte le Soleil noir de la Mélancolie.*

*Dans la nuit du Tombeau, Toi qui m'as consolé,
Rends-moi le Pausilippe et la mer d'Italie,
La fleur qui plaisait tant à mon coeur désolé,
Et la treille où le Pampre à la Rose s'allie.*

*Suis-je Amour ou Phoebus?... L'usignan ou Biron?
Mon front est rouge encor du baiser de la Reine;
J'ai rêvé dans la Grotte où nage la Syrène...*

*Et j'ai deux fois vainqueur traversé l'Achéron:
Modulant tour à tour sur la lyre d'Orphée
Les soupirs de la Sainte et les cris de la Fée.*

EL DESDICHADO

Yo soy el Tenebroso, —el Viudo—, el Desconsolado,
Príncipe de Aquitania en la Torre abolida:
Mi única *Estrella* ha muerto, y porta mi laúd
Constelado el *Sol negro* de la *Melancolía*.

En la noche del Túmulo, Tú que me consolaste,
Devuélveme el Posílipo y la mar italiana,
La *flor* que tanto amaba mi desolado pecho
Y la parra en que el Pámpano con la Rosa se alía.

¿Soy Amor o soy Febo?... ¿Lusignan o Biron?
Mi frente aún está roja del beso de la Reina;
He soñado en la Gruta en que nada la Sirena...

Y, dos veces triunfante, crucé el Aquerón,
Modulando a intervalos, en la lira de Orfeo,
El gemir de la Santa y los gritos del Hada.

A J-y COLONNA

*La connais-tu, Daphné, cette vieille romance
Au pied du sycomore... ou sous les mûriers blancs,
Sous l'olivier plaintif, ou les saules tremblants,
Cette chanson d'amour, qui toujours recommence?*

*Reconnais-tu le Temple au péristyle immense,
Et les citrons amers où s'imprimaient tes dents,
Et la grotte fatale aux hôtes imprudents,
Où du serpent vaincu dort la vieille semence?*

*Sais-tu pourquoi, là-bas, le volcan s'est rouvert?
C'est qu'un jour nous l'avions touché d'un pied agile,
Et de sa poudre au loin l'horizon s'est couvert!*

*Depuis qu'un Duc Normand brisa vos dieux d'argile,
Toujours sous le palmier du tombeau de Virgile
Le pâle hortensia s'unit au laurier vert.*

A J-y COLONNA

¿La conoces tú, Dafne, esta vieja romanza
Al pie del sicomoro o bajo el moral blanco,
Bajo el luctuoso olivo o los trémulos sauces,
Esta canción de amor que siempre recomienza?

¿Reconoces el Templo del peristilo inmenso,
Y los agrios limones que tus dientes mordían,
Y la gruta, fatal al huésped imprudente,
Que alberga el viejo germen de la sierpe vencida?

¿Sabes por qué el volcán se volvió a abrir allá?
Es que un día nosotros con el pie lo tocamos,
¡Y su polvo cubrió el lejano horizonte!

Cuando un duque normando rompió tu dios de arcilla,
Siempre bajo las palmas del panteón de Virgilio
La pálida hortensia se unió al laurel verde.

NOTRE-DAME DE PARIS

*Notre-Dame est bien vieille: on la verra peut-être
Enterrer cependant Paris qu'elle a vu naître;
Mais, dans quelque mille ans, le Temps fera broncher
Comme un loup fait un boeuf, cette carcasse lourde,
Tordra ses nerfs de fer, et puis d'une dent sourde
Rongera tristement ses vieux os de rocher!*

*Bien des hommes, de tous les pays de la terre
Viendront, pour contempler cette ruine austère,
Rêveurs, et relisant le livre de Victor:
—Alors ils croiront voir la vieille basilique,
Toute ainsi qu'elle était, puissante et magnifique,
Se lever devant eux comme l'ombre d'un mort!*

NOTRE-DAME DE PARÍS

Qué vieja es Notre-Dame: puede que se la vea
Enterrar el París que ella ha visto nacer;
Pero, en unos milenios, el Tiempo hará oscilar,
Como un lobo hace a un buey, su pesado esqueleto;
Retorcerá sus nervios de acero y, en silencio,
Roerá tristemente sus viejos huesos pétreos.

Muchos hombres, de todos los países del mundo,
Vendrán a contemplar esas ruinas austeras,
Soñadores, leyendo la novela de Víctor:
Entonces creerán ver la vieja basílica,
Tal como había sido, poderosa y magnífica,
Levantarse ante ellos como sombra de un muerto.

Francisco Socas Gavilán

MONSTRORUM ARTIFEX O EL ARTESANO DE PRODIGIOS

(En verso te lo digo) Van poniendo en renglones los poetas /
fantasmas del ingenio, voces sin cuerpo.

*

Alguna poesía no es más que caligrafía.

*

Sólo el poeta que lo compuso debe leer el poema ininteligible.
Nadie más.

*

Pocas veces el aburrimiento fermenta en el vino puro de un
poema.

*

¡Qué paraísos de infancia ni qué niño muerto! Madurad,
poetas.

*

¿Poesía de la experiencia o experiencia de la poesía?

*

Dadme poetas epicúreos, que sepan ocultar su vivir.

*

Contra el ideal clásico del poeta que quiere deleitar y servir de
provecho se alza la figura del poeta que quiere expresar su yo
más profundo (lucirse) y mostrarse transgresor (perverso).

*

El poeta encarcelado no demuestra la fuerza de la poesía sino
la inseguridad paranoica del tirano.

*

Amor: coto de caza de los poetas.

*

Poesía amorosa, exhibición de dolor o transportes itifálicos.
Taceant amantes!

*

Poemas fluorescentes donde el rayo pasional atraviesa el gas enrarecido de la impotencia.

*

¿No has oído, oh poeta, sentado en el silencio de tu habitación, un rumor como de tren lejano que se acerca, o un tenue estrépito de cristales rotos, o acaso una voz arcana que busca modular no sé qué palabra inspiradora y al final resultaba un retortijón de tu vientre? ¡Deja ya esos cocidos indigestos y pitagoriza tu dieta!

*

Aquel poeta andaba extraviado, comía rosas y poetizaba sobre las patatas.

*

Han pasado varios días desde la nevada. El sol luce y la atmósfera es clara. El poeta pasea por la sierra. Quedan jirones de nieve que alternan su blancura sobre el negro suelo. La imagen queda en su memoria. Cuando esté alegre la nieve será espuma, nata, encajes y brocados; cuando esté triste, sudario, baba, escupitajo de Dios sobre los montes.

*

Ningún poeta revela prodigios sin artesanía.

Juana Castro

LA LLAMA, LA VIDA

El día está manchado y hace frío.
Un caballo brillante trae presagios
de miedo
entre los ojos. Se te agolpan las penas
en la piel de las gafas.

Tantas cosas.

Cosas tantas de prisas,
de amor, de golpes,
de trallazos certeros por el ancla
desnuda de tu isla.
Aprendiste a estar solo.
Aprendiste a estar solo y a mullir
las bridas de tu nombre.

Caen las gotas de arena y el reloj
las contempla. Yo te quiero.
Te quiero y no sé
cómo decirlo.

Decir cómo,
tan mal

como lo digo. Aquí estás,
aquí estoy. Otra vez

y de nuevo, tú y yo

—¿pero qué, qué hemos hecho?—
tú y yo solos.

José María Parreño

CERTEZAS INCOMPLETAS

I

la realidad es la calavera de la poesía
pero la poesía está en los huesos

por lo tanto
me gustaría ser un perro
y poder correr a cuatro patas
me gustaría ser una chica
y llevar minifalda

me gustaría ser la página 142
de un libro mal colocado
en la biblioteca nacional
para descansar
entre quienes piensan como yo
hasta el día de mi destrucción

me gustaría ser una gota
rápida brillante
indiferente
en la mejilla de alguien
que ha sufrido

II

nacemos
para que nazcan otros

en resumen
es eso

y: cajas & sobres
de fotografías de un cajón a un armario
que acabas tirando renuente
porque ya nadie
sabe
quién es
nadie

nacemos para que otros
nazcan
de eso no cabe duda

sin embargo, me acuerdo de una ferretería, hacia 1966

sin embargo, el amor me ha hecho sufrir hasta lo indecible
—imagínate su falta

III

voy a cumplir sesenta
y en mi interior sigue vivo el niño:
su torpeza su sorpresa su desinteresado egoísmo

aunque cada cumpleaños recibí una máscara de circunspección
para ocultar
dudas y remordimiento y temor
tejiéndose sin descanso

por qué tan silencioso
en la congoja y la alegría
por qué tan compasivo y tan pasivo
ante la desgracia ajena
—no hay explicación

por qué nunca tan feliz
como afortunado

—no hay explicación

por qué a la vez
la visión y el obstáculo
la llave y la oscuridad
la herramienta y el brazo roto

por qué igual de tenaces
como oleaje y malecón
el deseo de cambiar
y la imposibilidad de cambiar
—no hay explicación

por qué apartarse de los otros
pasar la noche en vela
escribiendo
algo que nadie pide
espera lee
extraer palabras con pinzas
como esquirlas de una herida

para hacer de mosaico
mi retrato cantando
—no hay
tampoco
hay explicación

IV

la verdad última
es que nacemos
para que nazcan
otros

y la mano de la evolución
tantee a ciegas más lejos
en la madeja
de las generaciones.

y así
dar al ser
la oportunidad de estar

y que culmine
lo que empezó con la conciencia
prendiendo en la materia
como liquen
en roca de volcán

v

ha pasado medio siglo
y sin embargo me acuerdo
hasta de su olor y de cómo crujía
el suelo gastado de madera y crujía
la luz blanca de madrid
contra cada tornillo y cada herraje
en cada uno de los cajones
que cubrían entera la pared
y que brillan ahora
más que entonces

hasta el final escucha el río
su manantial
así escucho el eco
de aquella primera intuición:
hay otro modo
de hacer todo
de entenderlo todo...

el papel escucha atentamente al lápiz
que no puede decir una sola palabra
sin el papel

y el papel no lo sabe

el efecto a veces
se impacienta
esperando a la causa

...desde entonces
vivir es tan incómodo
como subir una escalera
de mano
llevando un vaso de agua.

—pero no hay solución:
subes porque llevas el vaso
y llevas el vaso porque subes

el nudo de lo real está apretado
hasta la extremaunción

VI

nacemos
para que nazcan otros
nada más

agradezco la larga caricia del sueño
y la sonrisa perenne de la luz
agradezco el fuego y el hielo del amor
con cuya ayuda nos purificamos
agradezco
que siendo sólo
nudo de una trama
guarde intacto
el olor de una ferretería
que desapareció hace mucho

José Domingo Mora

MENÚ DIARIO

La tabla de los elementos,
hace años que la deglutimos
cinco veces al día, restos de bromo, de cinc, azufre...
Cloruro sódico en el desayuno,
goma gelan a media mañana,
dextrosa y nitrógeno
líquido en el almuerzo.
En la merienda, jarabe de glucosa;
y en la cena, ácido ascórbico.
Para que después digan que entre tú y yo no hay química.

Carlos Serrato

ADORO

Adoro los libros de autoayuda,
los pecios de la psicología positiva,
la firme certidumbre de que eres tú y no otro
el responsable de tus penas.
Adoro que me digan que con espíritu alegre
el mundo se abre en dones y te llueve,
adoro la cautela de lo presunto,
no decir palabra en alto por no ofender,
guía de tu destino, la sonrisa, y
pégume, por favor, que a mí me gusta.
Adoro que los llamen quizá y que no las asesinen,
porque solas ya aparecen muertas,
adoro las vacaciones en hoteles ilegales,
las devaluaciones de moneda en curso,
los rescates caritativos,
adoro la solidaridad entre banqueros,
adoro el crimen y la infamia,
adoro ir al gimnasio puesto de cogollos o polen fresco,
cuando no hay otra cosa que llevarse a los pulmones.
Adoro tirarle botes de zumo de melocotón
a las ancianas que tienden la ropa
en los lavaderos del barrio.

Adoro todo esto y mucho más,
adoro las flores de vertedero,
adoro lo que aún ni sé que adoro,
adoro el dorado brillo del sol

cuando emerjo de las aguas chorreante,
y sé por fin que mi felicidad
es sólo empeño mío,
que no es necesaria mano amiga,
que el mundo está ahí mismo
y se me ha puesto rico
para que me lo coma con papas.

Ahora que levanto los ojos al frente,
sumergido hasta el cuello en el agua,
limpio el mar de la bahía,
lucientes en la cercanía las ubres
de las fábricas nutrientes,
bebo la leche de sus chimeneas feraces
y nado, hundido en sal mi medio cuerpo,
mojado de autoayuda hasta los tuétanos,
feliz como un niño a la salida del colegio,
porque yo te adoro, vida mía.

Narciso Raffo

COLMENA

Casi es una palabra recurrente
al término del día, una reliquia
que nos separa de las bestias.

(Aunque se esfuercen las abejas
por un propósito de miel
éstas no conocen el sentido.
Se desploman en el suelo con idéntico rostro).

Yo no vivo esta condena: la habito.
Reconozco culpas en la escena.

Juan Bonilla

EL VERANO

Vengo de la alegría de la tarde
abarrota de muchachas épicas
de todos los sabores,
por suerte inalcanzables
sino con estos ojos que he limpiado
en el espejo que ellas ofrecían.

En el aire flotaba el himno exacto
del verano que asoma
tan hecho de lascivia y de quietud.

Avenida de la Constitución.
El mundo en sucesión de músicas
cada cien metros: un violonchelista
interpretando a Bach, luego unos moros
llenándonos la calle con la dulce
tonada andalusí, después una solista
haciendo covers de Sinatra y Bowie,
y un grupo de chavales flamenquitos,
y una banda de vientos ya muy cerca
de Puerta de Jerez. En cuanto
iba perdiéndose una melodía
subía poco a poco la siguiente:
una banda sonora que escarbaba
en los recuerdos de uno
haciéndole sentir que esas canciones
saben lo que sentimos, nos conocen.

Cruzando el puente de San Telmo
me enamoré seis veces.

En Parque de los Príncipes
estuve un rato mirando a unos niños
jugar en los columpios:
quise ser padre de alguno de ellos.

Ahora,
ya ha venido la noche y un rumor
de conversaciones se eleva
en la terraza de El Mudo.
Pego el oído sólo por gozar
del delicado acento que es mi patria,
vocablos cuya música no puede
fijarse en letra impresa:
jartible, escamondado, malage...

Todo lleno de vida gigantesca
en su insignificancia deliciosa,
un no querer más que lo suficiente,
esta copa de vino y esta brisa
que seguirá soplando
sobre las tumbas de los dioses.

Vengo de la alegría de la tarde
que inaugura el verano.
Y no quiero morirme. Y eso es todo.

Blas Muñoz Pizarro

CONSOLATIO VITAE

Mi pensamiento débil deseaba,
al volver sin hablar del tanatorio
cogidos ambos de la mano,
una, débil también, consolación,
y de pronto me he visto preguntando
a mi propia conciencia
que qué importa morir si solo importa
la sola densidad de lo vivido.

Con las palabras pasa algunas veces
lo que pasó con éstas, silenciosas,
que en mi interior sonaban:
sobre el mundo caían esa tarde
como un sudario cae, piadosamente,
y en ellas lo envolvían, sin certeza
bajo la luz de un cielo
ilesos en el crepúsculo.

Pero lo cierto es que dejábamos
a un ser querido para siempre:
con nosotros quedaba, cogidos de la mano,
su incomprensible ausencia
en unas veneradas cenizas sin sentido
y un vaho especular que nos llenaba
de oscura claridad
en este pleno estío.

Como quien niega su honda dejación
esa voz interior nos consolaba
—*nada importa morir*
si se ha vivido intensamente—,

mas yo sé que mentía.

Sandra Sánchez

SOLILOQUIO

Veo el mundo a través de los barrotes
de mi cuerpo, pero nadie me rescata
de esta cárcel. La vida pasa fuera
y alguna vez que otra se para,
y entra a visitarme.

Ni siquiera la muerte —con su victoria pírrica—
me librerá de esta condena (yo,
he de morir cuando mi cuerpo muera).
Y ese algo, que quizás pueda quedar
de esto que soy, tampoco será libre,
pues vivirá encerrado en un recuerdo
de otro alguien que también
verá el mundo a través de sus barrotes.

Y ceniza al final. Sólo ceniza,
ceniza que seré a merced del viento.

Ismael Cabezas

DÍAS DE JULIO DE 2018

A la memoria de Paco Reyes

El viejo sombrero que usabas en los días de fiesta
cuando salías a encontrarte con la vida a manos llenas
embriagado por toda la belleza que amaste tanto.
Las palabras en inglés que intenté enseñarte,
las mismas que usó Dylan Thomas en aquel poema
que ahora me recuerda tanto a ti,
ahora que vas a morir.
Tus palabras, tus gestos, todas y cada una
de las veces que enloquecí.
Esa última fotografía junto a alguien
a quien también amo en Córdoba
cuando ya estaba tan cerca el final.
Y trato en vano de invocarte inútilmente
con un puñado de palabras que jamás leerás.
Y maldigo por eso a la vida.

Juan Cobos Wilkins

INTENTA EXPLICARME LA ATARAXIA

Estas palabras o acosados animales con espinas
son palabras
de quien duda si abrazar la ataraxia o su reverso.

Desprenderte del mundo
como de la piel quemada de la espalda en verano.
En el camino
ir dejando atrás lo accesorio,
por ejemplo, el corazón.

Por ejemplo,
la luz de las mañanas cuando aún no te has perdido,
la sombra leve de la tarde cuando ya no te buscas,
la noche con su canción de cuna o féretro.

Por ejemplo,
el error que, ingenuo aún, quieres que sea esperanza,
la ética que vuelves ley de ingravidez moral
frente a la más profunda y apátrida pasión
por un obsceno amor sin cuerpo obsceno.

Desprenderte.
Ir dejando lo prescindible, por ejemplo qué.
Por ejemplo, el aire.

R E S
E Ñ A
S

El tren de la tristeza

LUTGARDO GARCÍA DÍAZ

Víctor Jiménez

Frecuencia Modulada

Fundación Valparaíso, 2018.

Para ser leído una tarde de lluvia, sentado frente a una cristalera que da a un jardín vacío o en la soledad de un tren en el que uno contempla el suceder de paisajes que nunca vivirá, es este bello conjunto de poemas que Víctor Jiménez (Sevilla, 1957) nos presenta en la colección de libros premiados con el Paul Beckett de poesía. *Frecuencia Modulada* es un poemario escrito al hilo de la música, un conjunto unitario que parece concebido inicialmente como notas al margen de canciones de moda, de baladas, para luego ir cobrando vida y coherencia en una historia –vivida o soñada– de amor que transcurre a lo largo de sus páginas. En sus poemas, Víctor, quien tanto sabe de trenes y estaciones, se sube al «tren de la tristeza» para desarrollar una bella película de amor que se lee sin cansar, pues el ritmo de los poemas está inteligentemente dispuesto desde el pórtico inicial –*dímelo con canciones*– al becqueriano final que duda si todo fue verdad, o si fue sueño, «si sucedió mañana / o pasará, tal vez, en el pasado». Poeta maduro, exigente con las formas y pulcro conocedor de las técnicas poéticas, Víctor Jiménez nos deja aquí excelentes muestras de su dominio del soneto, metro que moldea a su antojo eligiendo las rimas y las comas para conseguir matices nuevos y fluidos dentro del ritmo clásico. En tiempos de la denominada belleza sucia, conviene volver a libros bien acabados, como esta *Frecuencia modulada* que nos da noticias, una vez más, de un poeta que, como decía Eugenio d'Ors, no se cansa de «hacer apología de la perfección». El tema clásico, el amor, el amor hablado en tono confidencial, está tratado con frescura no exenta de guiños canallas y noctámbulos de un poeta que se confiesa «vivo de amor. Y bien lo saben tus tacones». Un poeta que juega con lo verdadero y con lo imaginado, y que declara a la amada sus mentiras –«si quieres que te mienta,

yo te miento»– en un soneto, marca de la casa, rematado con un «porque yo no me muero por tu vuelta». La cercanía y la ausencia, esa otra forma de cercanía, transforman la realidad con su poder evocador y sensual, y así cobran sentido los bares vacíos, un aguacero, un paisaje al atardecer, o una piedra que «era sólo una piedra, / una piedra del mar por el tiempo tallada» y que, ahora entregada, le trae al poeta el tacto de unas manos, la mirada de complicidad. Un libro clásico, de adioses y reencuentros, un libro de un poeta hecho, maduro que configura el verso con serenidad y magisterio. Un libro de amor, un libro clásico, insistimos, porque a decir de Juan Ramón, lo clásico es eterno. Los poemas de Víctor Jiménez, de una línea clara que entronca con Rafael Montesinos, Cernuda y Manuel Machado, son aptos para todos los públicos; así el que no sea lector habitual tendrá motivos para seguir profundizando en la poesía, y el poeta se sorprenderá con el buen empleo de los acentos y el sereno lirismo de un discurso poético que no suena a viejo. Uno lee de corrido este poemario y, al cabo de unas horas, levanta los ojos y se encuentra con el silencio del crepúsculo mientras suena un piano a lo lejos... y, aunque la vida continúa, se marcha el tren de la tristeza dejando un puñado de buenos versos como ese en el que «el mar estaba/subiendo con su espuma como el cava, / levantando su copa por nosotros». Salud

Plasticidad y elegancia

JESÚS CÁRDENAS

María José Collado

Pájaros de cristal en el jardín de invierno

Ediciones En Huida, 2017.

La plasticidad y la elegancia son las dos marcas que componen el discurso poético de María José Collado. Una voz que nos transmite el sosiego y la calma y que, de alguna manera, nos prepara para vivir. Completa nuestra desazón y la urgencia por vivir, pues provoca que hagamos una pausa tras oírla. Su poesía respira

para que respiremos, sosegadamente; transmite esa paz. Después de siete poemarios, llega a su madurez poética con *Pájaros de cristal en el jardín de invierno*, volumen número 84 del sello Ediciones En Huida, dentro de la Colección Poesía En Tránsito.

Esta entrega lírica guarda en común cierta imaginaria plástica con tres grandes libros de poemas publicados anteriormente: *Bruñidas sombras* (2012), *Aún la lumbre* (2014) o el breve *Centinelas del frío* (2015). La autora jerezana afinada en Sevilla vuelve a crear un conjunto de poemas, pleno de emociones, con raíces hundidas en la experiencia de vivir. Raro es el poema de esta poeta que no contenga una carga sensorial que provoque una imagen definida en el lector. Alcanza una cota este libro con respecto a los anteriores, pues, como bien señala la escritora Elena Marqués en el prólogo, puede verse a Collado «aún más certera en la desnudez de la forma, más exacta en el término y la imagen». Es en su voz rotunda, paradójicamente, donde encontramos, entre líneas, algunas de sus fuentes: al Gamoneda más intenso en imágenes, al Basallote más luminoso, a los hallazgos más intuitivos de Concha García.

El título nos transmite el efecto de la onda en el mar, la calma invernal; una quietud presente en la naturaleza y revelada, aquí, con su canto. Nos traspasa la imagen del tiempo suspendido, aunque, en realidad, las aves, como las hojas que revolotean, cuando terminan por verse reflejadas en el agua, muertas, terminan por deshacerse. El libro está conformado por dos partes más o menos regulares: la primera, «Cada instante, un pájaro», contiene veintidós poemas cuarenta, entre los cuales figura el primer poema homónimo al título, como sucede en muchos de los discos, lo que crea un fuerte vínculo unitario. Imposible resistirse a no enunciar el primer verso, pura melodía («Cae la última nieve, cruje»), y los tres finales («las águilas de cristal / flanqueando de cuarzo la fría escalinata, / memorial del invierno»).

Lo mismo sucede con el poema titulado «Un reflejo de pájaros en aguas turbias», pues aparece en uno de los versos también. Así desde el interior de un verso nace el poema en torno al cual gira el título; un juego textual que llega al lector. El poema tiene una belleza que

logra la emoción; sólo, por dejar con la miel en los labios, recogemos los últimos versos: «Un reflejo de pájaros en aguas turbias, / la luna asoma como una moneda / entre los pétalos de los nenúfares».

Tras esta emoción de idea e imagen, la segunda parte, «Sumergido alfabeto», está compuesta por veintisiete poemas colocados en orden alfabético, salvo el último. Lo curioso de esta segunda parte es que los poemas están encabezados por una letra que ejerce de título pero que se nos muestra en el índice, como se completa, por ejemplo, el del penúltimo, que lleva como título «Z», la Z es «Zafiro, la tarde en la ventana»; lo que supone, entre otros tantos, un guiño al lector como una forma activa de escucha y, por extensión, de re-creación.

La captación de una naturaleza huidiza ante la ferocidad del tiempo es visible en todo el imaginario del primer apartado, que, por otro lado, forma parte reconocible en Collado. Así, aparecen: las hojas, el sol, la lluvia, la luz, el agua, los pájaros; y enfrente: lo oscuro, la sombra y la niebla, que transmite el paso de las estaciones. La niebla produce, en ocasiones, cierta desazón porque no sabemos si es real o forma parte del sueño, ese sueño capaz de evocar imágenes en nosotros bajo la antorcha mágica del verso. Así pues, ante el asombro y la perplejidad de lo real, la poeta propone ver el mundo con una mirada limpia y nueva, en un intento por re-descubrirlo.

Collado necesita ver que todo sigue donde estuvo, en su sitio, «To see if time was there», como diría la poeta estadounidense, Emily Dickinson en el poema «Storm». Es empeño de la poeta trazar puentes, borrar distancias entre un tiempo y otro, como se evidencia en el título del segundo poema, «El tiempo cruza un puente», o la alusión en el poema «B», «En el puente se encoleriza el aire», pero no es fácil formularlo, por el daño feroz del tiempo, así van cayendo las estaciones, sobre todo, el invierno, los meses, los días, sus partes y hasta las horas incluso, en ambas partes, en uno y otro apartado del libro. Por eso, Collado admite «quisiera reencontrarme en la palabra», porque es la luz de la memoria, el trazo que une ambas orillas: la del pasado (la infancia, el tiempo de «esteras esparto») conectando con el presente;

o viceversa, como si de un ciclo se tratase. Ese esfuerzo por hallar el vocablo preciso, en ocasiones, inefable, leemos en el poema «Mensajes»: «Simbólico lenguaje entre dos reinos, / metáforas que cruzan la conciencia / con su hilo de luz si comprendemos». Lo mismo que cruza en un puente, cruza paisajes o tramos horarios en ese tren que recorre las distancias del antes y del ahora, en imágenes capturadas con una cámara («Cuando es un lento tranvía la tarde», en «Fundido calle abajo»; o «un tren cargado de maletas hacia el norte», en «Viejas fotografías»).

Decía el semiólogo francés Roland Barthes que el «efecto» es una impresión general que el poema produce. María José Collado es también creadora de poemas visuales, tal vez, por ello, el efecto se explicita en las imágenes de estos versos: concentradas no sólo en la mirada («la tonalidad blanco azulada», «la nieve», «el horizonte», etc.), sino también en el olfato («huele a magnolias», «dirios que aroman», «aroma leve de narcisos en flor»), que afecta a realidades concretas, reinauguradas, y también las que son abstractas o inciertas, son humanizadas. Como escribe Elena Marqués, en otro lugar del prólogo, refiriéndose a las ciudades: «todo cobra vida y se humaniza».

Del mismo modo, los poemas producen un efecto en su lectura. Efecto también entre la mirada interior y exterior, destacando, por su abundante uso, el adverbio «fuera». El mundo es visto por el sujeto poético a través de un cristal. Desde el interior de la casa a fuera. Pero los lugares cambian y no se reconocen («Ha cambiado el perfil de las ciudades», se lee en el poema «U»), pues el tiempo hace de las suyas («ha dejado su marca de fuego»), de ahí que cause perplejidad («es una flor de asombro la mañana», en «Viaje»). El espacio necesita habitarse aunque cueste reconocer y reconocerse (desde la casa hasta la habitación), como se lee en el poema «B», cuyo complemento viene perfecto en la cita elegida de Toni Montesinos Gilbert («Las calles perecen por mis pasos / que avanzan sin mirar lo que se extingue»): «Difícil es reconocerse, / unir todos los trozos y salir indemne / cuando avanza el invierno / como una fiera y te persigue.»

La consecuencia de tanta concreción, hace que, necesariamente, el sujeto tome conciencia del mundo. A este respecto comentaba la autora jerezana en una entrevista que «la palabra se hace oír, no todos escuchan». Esta creencia en que la poesía es capaz de arrancar en el lector un efecto, como el tomar conciencia ante cualquier injusticia, puede verse en el poema dedicado al sufrimiento de los emigrantes en el poema «Q» («Quedan por los caminos / como ramas quebradas»), a los que no consiguen llegar, en «R» («y cuerpos blanquecinos / que aturden a los peces / llevados por las olas»), al planeta que ensuciamos en «V» («neumáticos sin aire, / sobre un mar de plástico»), o en «D» donde se muestra la miseria más cercana («en despobladas alacenas / y tiene el fuego triste el ceño / al calentar la sopa aguada»).

Es elegante la sonoridad de cada uno de los poemas y en conjunto produce en el lector, que escucha, una hermosa melodía, como esa «Nuvole Bianche» del compositor italiano Ludovico Einaudi. Cada frase musical va enmarcando cada uno de los heptasílabos (endecasílabos, alejandrinos y algunos pentasílabos) y se vuelve indeleble ahora en nuestra memoria. El efecto, antes citado, se agudiza ahora en imágenes sonoras (el tren que suena, el crujir de la nieve, el ruido de máquinas...), pero, sobre todo, la musicalidad que produce los encabalgamientos, las distintas aliteraciones de sonidos vocálicos y consonánticos, las bimetraciones, las anáforas y los paralelismos, que hacen el verso más dulce, pero sin llegar al empacho. El efecto se produce con el gorjeo de la combinación de las sílabas tónicas dispuestas en combinación impecable. Contribuyen a la creación de la sugerencia: las elipsis verbales y lo no dicho. Es entonces, cuando la polisemia entra en juego.

Uno de sus poetas de cabecera, el vejeriego Francisco Basallote, a propósito de su reseña del libro publicado en 2014, *Aún la lumbre*, ya destacaba de la autora «la exaltada plasticidad de las imágenes en las ricas metáforas» y más adelante, concluía: «halla en el juego de las metáforas la fórmula secreta de su poética, la música oculta, el misterio de su acceso a la belleza, la magia de las palabras». Esto mismo puede aplicarse a *Pájaros de cristal en el jardín de*

invierno. María José Collado nos devuelve la alquimia de otro tiempo, su emoción, la gris cotidianidad se transforma en deslumbrante revelación al capturar el instante.

Memoria de la belleza y el amor.

Memoria de la belleza y el amor

MARGARITA CARCÍA CANDEIRA

Álvaro Salvador

Diario de Firenze

Imprenta del Arco (Granada), 2017.

Con el título de *Diario de Firenze* ven la luz, ahora de modo exento, los trece poemas con los que Álvaro Salvador contribuyó al poemario *Tristia*, escrito a dos manos con Luis García Montero y publicado por primera vez en 1982. Salvador firma así un divorcio editorial iniciado en 1989 por el autor de *Las flores del frío*, dando a imprenta un material valiosísimo para seguir ahondando en un espacio, el de la cultura granadina transicional, cuya complejidad parece haber resistido las lecturas más convencionales y que resurge, últimamente, como un poderoso foco de atención del que dan muestra las recientes ediciones de las obras completas de Javier Egea (2011, 2012) y Pablo del Águila (2017).

El título nos sitúa en un particular cronotopo: estamos ante el recuento escritural de días vividos en Florencia, lugar sobre el que se superpone el recuerdo de la Granada natal: ambas ciudades quedan hermanadas en virtud de su esplendoroso pasado, que se proyecta sobre un yo atento a los referentes artísticos y urbanos de las dos y, también, sobre una lengua poética que combina sabor clásico y huida de la afectación, al mejor gusto renacentista. Por tanto, el poemario se presenta, ya desde su inicio, como un doble ejercicio de memoria, algo que quizás explique la reproducción del verso «Recuérdame, recuerda...» en la solapa interior de un volumen que destaca por una primorosa factura editorial. Y es que este

es el encuadre específico desde el que el sujeto poético recorre los emplazamientos emblemáticos de la ciudad de Dante y se acerca al arte y al amor desde una perspectiva que conjuga la vivencia emocional con la reflexión histórica. Así, los dos primeros poemas son una meditación sobre la belleza realizada a partir de una visita a la célebre galería de los Uffizi. En el primero, significativamente titulado «Los oficios», un paseo en negativo por el marco del museo sirve al yo para formular una conclusión de sabor ambiguo: «Aquí hubo mercaderes y hay belleza» (35). Como en el maestro Pasolini y en la poesía materialista teorizada por Juan Carlos Rodríguez, la contradicción es el alimento del poema y, en esta ocasión, la sentencia de sabor bíblico une el capitalismo incipiente con la idea de belleza, probablemente para mostrar que esta no es sino otra noción ideológica naturalizada que, sin embargo, filtra irremediablemente la mirada con la que el sujeto transita el museo y la ciudad. Desde esta prevención, se enuncia la especial disposición de la mirada que se entrega al goce estético, con los ojos «absortos en la dicha de la contemplación» (37). El objeto de esta visión se presenta en el segundo poema, «Virgen de la granada» (39), una oración laica al cuadro homónimo de Botticelli, en el que no obstante se entremezclan rasgos de «El nacimiento de la primavera» y en la que se explora la naturaleza de la experiencia artística: su autenticidad («¿Era cierto tu cuerpo [...]»), el vínculo entre el autor y su obra («tus ojos que encierran el corazón de Sandro») y esa condición casi sagrada del original que Benjamín dio en llamar «aura» y que preside el enigmático mecanismo de la recepción estética: «¿Qué dijeron mis ojos ante el clamor ajenos, / hundidos en el aura, rebosantes de gozo, / la duda luminosa como un corcel al viento?». Entre ecos de Cernuda, Bécquer, Lorca y Gimferrer, Salvador reactualiza la identificación keatsiana entre verdad y belleza, a través de su mutua conexión con el placer: «Sólo es verdad el placer / que causa la belleza / y la belleza basta para ser placentera».

La condición fugaz y eterna del instante gozoso aúna al arte y al amor y tiene en la ceniza su imagen más certera: «Los alacranes de oro» (45) son como «cenizas del atardecer» y

«cenizas del amanecer» que describen el fulgor y la caducidad del deseo, pero también de la belleza, descrita como «sólo un raptó, / un trazo entre las sombras»; en «Ponte Vecchio» (51), una mujer significativamente llamada Beatrice aparece intempestivamente como fruto de una transmutación provocada por «la ceniza / de la alucinación». «Siesta en Villa Médicis» (55) recrea el encuentro erótico de la pareja reescribiendo un conocido soneto gongorino como «La blanca nalga que a mi boca tiendes», definiendo a la felicidad como una vivencia solo reconocible en el ayer. Las imágenes conforman un despliegue sensorial íntimamente unido a la recreación textual del placer, que a estas alturas se ha revelado ya como un núcleo fundamental del libro y que posee una carga simbólica e ideológica profunda. Un hedonismo reposado preside una vivencia del arte y del eros que queda despojada de cualquier rastro de culpa o moralismo y confiere a estos poemas un aire de exquisita inocencia. Probablemente el contexto de su escritura, entre finales de los 70 y principios de los 80, haya tenido que ver con esta sensación de inicio; también, por supuesto, el intento del grupo granadino al que pertenecía Salvador de forjar una sentimentalidad distinta de la burguesa, más libre y desprejuiciada que la tradicional. No hay que olvidar, en este sentido, que el componente transgresor del placer erótico, que no entiende de medidas y escapa a la norma económica, ha sido destacado por Barthes, Bataille y Foucault, entre otros.

Una veta esencial de sensualidad reside, sin duda, en el legado cultural árabe, impregnado de fuentes, aromas y filigranas que regalan constantemente los sentidos de los granadinos. Es precisamente esta herencia la que recuerda el protagonista de «De un caminante extranjero que reflexiona sobre el destino de su patria» (40): el eco del soneto gongorino a Córdoba modula una oda, esta vez agradecida, a la tierra de acogida, y sirve para presentar el legado de la historia (la personal, pero también la colectiva) como una herida que deja cicatrices y define la belleza, ahora, como un don que la tierra destina «al amor de las gentes». A la impronta del Pasolini de *Las cenizas de Gramsci* y al sabor kavafiano de la mención a los bárbaros se une la inequívoca huella del Machado

de «A José María Palacio», que reconocemos en la pregunta sobre la suerte de una patria de la que se recuerda, sobre todo, el espacio de la Alhambra: «¿Estarán tus alcázares / con la hermosura viva?». Lo mismo sucede en «Los encuentros» (57), auténtico monólogo dramático que, con vocación contrapuntística, presenta a Andrea Navagero momentos antes de encontrarse a Boscán en el Generalife, elogian-do la tierra que le rodea en términos similares: «Dulce sabor del agua / que en mis labios / recordar pareciera / los placeres de Oriente». De todos es sabida la relevancia simbólica que se ha dado a la cita que ambos tuvieron en 1526.

El anclaje corporal del gozo subraya su carácter material y singular, que es también extensible a un amor que solo puede ser conocido y vivido en su existencia concreta. Con distintas oscilaciones, ese es el trasfondo de una serie de poemas que desmitifican el idealismo plató-nico-kantiano inherente a la concepción occidental del amor y que Juan Carlos Rodríguez teorizó repetidamente. Así, «Tratado del amor pagano» (61) sitúa la batalla amorosa en los entresijos de la vida cotidiana; «La esmeralda» (63) exalta pudorosamente «un amor -no sé...- correspondido» frente al tópico romántico del amor trágico y destructivo, y el sujeto de «Gacela del joven ignorante» (69) declara los límites experienciales de su emoción: «Yo no sé nada del Amor, / tan sólo puedo hablaros de mi amada». De alguna manera, «Todos los fuegos un fuego» (65) parece matizar esa convicción al emplear el intertexto cortazariano como imagen de la síntesis entre el amor y sus manifestaciones históricas, definidas al cabo como llamas que se resumen en un mismo fuego. En el contexto de reivindicación orientalizante no resulta extraño el recurso a formas líricas procedentes de este acervo, siguiendo la estela lorquiana: es el caso de la mencionada «Gacela» y de la «Muwassaha del amor que se fue y que vino» (72), que reescribe una qasida de título prácticamente idéntico de Pablo del Águila componiendo una loa al amor que, en lugar de narcotizar al sujeto, lo hace más lúcido y activo ante el mundo: «Amor... ¡estamos vivos! / amor mío, despierta...». Cierran el volumen dos poemas no incluidos en *Tristia* pero escritos en la misma época, y que mantienen la

coherente temática y estética del grupo anterior: «Joven gacela herida» tematiza la violencia y «Una muerte de luz que me consume» indaga en el lado oculto y tenebroso del amor.

Confiesa Salvador, en la «Nota del autor» que abre la colección, su reticencia de años a publicar estos poemas solos, aislados «en su hermosa orfandad». Sin duda casi cuatro décadas sirven para mucho, y esta exhumación descubre para ellos nuevos lazos fraternales que la rigidez programática y exegética que rodeó su primera publicación quizá no dejaban ver del todo. En *Diario de Firenze* aflora una voz personal en cuyo deleite resuenan ecos de la tradición poética hispánica más potente: a la influencia de Machado y Lorca, que permea todo el libro, se une la de Góngora, auténtico maestro de materias y ritmos del volumen; hallamos un tanteo heterodoxo que, en la línea teórica de Américo Castro, cultivarán desde otras estéticas y géneros Valente y Goytísolo y, en fin, una fascinación por el entorno artístico italiano que recorrió cierta poesía del XX desde Alberti a Colinas, Carnero o Gimferrer. En su extenso prólogo, dotado de una sólida armazón teórica, Pablo Carriedo Castro relaciona certeramente la obra de Salvador con diversas tendencias de la poesía anglosajona. En este sentido, la lectura del volumen arroja una conclusión inequívoca: la comprensión honda y compleja, en un momento temprano, de la experiencia poética, tema al que Salvador ha dedicado varios ensayos. Si, como explicaba Eliot, para Donne un pensamiento era una experiencia, pues modificaba su sensibilidad, Salvador muestra aquí cómo el arte y la belleza son fuentes inagotables de enriquecimiento vivencial y, por tanto, de transformación y producción poética en la medida en que, como reza uno de los poemas, dejan al «corazón transido de inmutable belleza». No es una cuestión baladí, pues sirve para esclarecer oposiciones absurdas y simplonas en una crítica poética contemporánea a menudo miope. Y lo hace desde un volumen que lleva a su propia materialidad esa consigna de derroche estético: bellamente ilustrado y con una calidad material notable, *Diario de Firenze* se nos ofrece, al igual que el mar en uno de los poemas, como «la enorme / huella que del amor / y de los sueños / guarda la memoria».

Entre ángeles en zancos

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

Michael Rothenberg

Detención indefinida: un cuento de perros

Varasek Ediciones, 2017.

Hay una poesía que se enfrenta a la soledad al aire libre y al insomnio de la noche en «el libro de poemas del hombre moribundo. / El libro de poemas de la poeta sublime en su búsqueda constante de una mitología» (pág. 8). En el poema «El libro», abundan los temores inciertos, el daño irreparable, la naturaleza en peligro mortal. Deambula «de conectores a impresoras, escáners, tendones que se espasman en salidas sombrías de genio incuestionable» (pág. 12). Existe una lírica que asume la angustia de la misma manera honesta con la que registra la alegría.

No sería descabellado leer estos poemas como una forma de trabajo manual, de labor útil y necesaria. Suponen, al mismo tiempo, una oración secular, a través de la cual su autor, el poeta, compositor, editor y ambientalista estadounidense Michael Rothenberg (Miami, 1951) y nosotros, los lectores, encontramos remedio en la naturaleza: «Hablo conmigo mismo cuando nadie mira / Comienzo con esta palabra, «¡Escucha!» («Detención...»). La mejor poesía es, en esencia, metafísica: no reconoce fronteras entre el espíritu y la materia. Algunos poemas enraízan como un árbol, no para apropiarse de la tierra, sino para atesorarla.

«Bendecimos lo que ya no existe / El arte perfecto» («La máquina de coser...»). Los poemas de *Detención indefinida: un cuento de perros* trascurren en ese *keatsiano* tiempo lento de una escritura estabilizadora, nada forzada o repentina. Como si la estacionalidad hubiera adquirido una forma lírica, una ronda diurna, un patrón mortal, un reconocimiento de que la renovación ocurre más allá de la lírica. Una «Expurgación Espontánea» surge entre «Garabatos y Bosquejos»: entre el accidente y el diseño, el «Cobertizo mental».

Transcurre «Rastro» a contrapelo de la religión organizada: decir no para afirmar, retener

para dar. La composición es afirmación de una individualidad aparentemente criticada, el reconocimiento de que las prescripciones desvían la espontaneidad: «Cambio. Alterno / Voy a la zaga o intervengo // Compongo usando contrastes y condiciones». La mínima expresión es la esencia de «Ruido matutino», donde se hace inventario de «la historia a la venta en el mercado de antigüedades / Las floristas en la Plaza de San Marcos / Retratos miniaturistas/ Ángeles en zancos».

Este es el terreno híbrido que el norteamericano hace suyo, a base de imágenes irreales, copias impresas de una presencia coreografiada, una ubicación edénica, un lugar simbólico para concluir una meditación lírica sobre la compleja dinámica entre lo humano y lo natural. Al igual que sucede con su admirado Philip Whalen, menos, en sus manos, es más. Su madurez se resiste la exageración, las medidas simples le son suficientes. El poema «Andamio» («Escarabajos Perforadores de Madera y Hormigas Carpinteras / (Ten cuidado con los andamios)») ¿sugiere que la condición humana es esencialmente destructiva? El libro del promotor de «100 mil poetas por el cambio» ofrece pocas respuestas claras, pero muchas pistas.

Traducen los poetas Walter González, Luis Ingelmo, Julio Pavanetti, Edwig Roldán Ortiz y Pilar Rodríguez Aranda, entre otros. Cuán a menudo lo que mira hacia atrás está escrito con la mano muerta; con qué frecuencia, a expensas de la memorización, se privilegia lo elegíaco. Rothenberg, por el contrario, es feliz, no reverencial, ni le interesa sólo lo complejo: quiere vivir rápido, no estar muerto. Cómo leer estos poemas silenciosos, solitarios, interiores. No desean ser proyectados más allá del lugar al que se dirigen. La dicción es simple, pero hablan claro. El lenguaje devocional está al servicio de algo más grande. Y aunque hay mucho que esta poesía no logra, su capacidad de acercarse a sí misma, a nosotros, los lectores, no tiene rival.

Abstracción y antropología

JUAN CARLOS ABRIL

Joan de la Vega

Medio mundo en luz

La Isla de Siltolá, col. Tierra, 2017.

Medio mundo en luz, publicado a finales de 2017 por la editorial andaluza La Isla de Siltolá, del catalán Joan de la Vega (Santa Coloma de Gramanet, Barcelona, 1975), apela desde su título a unos versos del poema «El sapo», de *Poemas a Lázaro* (1960), de José Ángel Valente. En el título, por tanto, asistimos a la dialéctica luz/oscuridad que podría configurarse como uno de los ejes de este poemario. El poema «Elipsis con Bruno» (pp. 76-77) da buena cuenta de ello, donde a modo de oración la oscuridad va apoderándose del espacio del poema, y de cada verso, convirtiéndose en el verdadero referente textual, que finaliza así: «Oscura es el agua de las acequias enfermas. / Oscuro es el presente que rifa su libertad condicional. / Oscuros se repueblan todos los tristes suburbios más allá de la oscuridad. // Da rienda al músculo de la oscuridad. / Oye correr la feliz plegaria del hijo del viento.» (ibíd.). Un poco antes, en «Furtivos» (pp. 68-69), la oscuridad aparece con inusitada fuerza: «Amar una mujer desnuda ante la ventana de su casa abierta, a tientas, al filo del abismo es desparasitarse: nos empolvamos los pómulos vencidos con su humedad, palpitante savia. Beberse de un sorbo la noche es descender al último edén que nos gravita entre el sudor y la ternura, desde esa misma euforia penetrante empeñada en extinguirnos. Amar es caer por los peldaños de una cima torpe y criminal.» (ibíd.). En este poema se va estableciendo una serie de correlatos y superposiciones semánticas en diversos planos, como mujer/sexo/noche/oscuridad, etc. La imbricada materia textual de estos poemas, en concreto de los poemas en prosa, que dominan gran parte del poemario, posibilita esas simbologías y anfibologías. Su lectura se hace muy enriquecedora.

En efecto, *Medio mundo en luz* se divide en dos secciones, y en vez del habitual «Índice»

el lector se encuentra una «Hoja de ruta», a saber: «Veintiún poemas en prosa dedicados a quien se hacía llamar *Homo*, en otros tiempos», y «Esperanza de vida», compuesta de otras veintiún composiciones, de las cuales cinco son también poemas en prosa. Por tanto, la poesía en prosa domina el libro, e infiere un tono que nos va a marcar nuestra lectura. *Medio mundo en luz* aspira a convertirse en el poemario total, abarcando su propia autorreferencialidad, desde la cita inicial bajo la advocación de un sutil Petrarca que nos advierte «Cuando el difunto des(p)ertó, Laura le enseñó a mirar.», realizando un juego intertextual con el célebre dinosaurio del hondureño Augusto Monterroso, con la diferencia de adentrarnos en un proceso de conocimiento, que sólo la poesía, esto es Laura, hace posible; hasta la cita final, y no exenta tampoco de derivaciones, en la página 85: «Esta muerte ya la he vivido», y que pertenece a los *Sueños* del japonés Akira Kurosawa. En ese recorrido descrito por esos 42 poemas, se halla el espacio de la poesía, que viene determinada desde las coordenadas humanas más básicas, y su reducción abstracta en habilidades, caracteres o aspectos, como «*Homo viator*» (p. 17), «*Homo antecessor*» (p. 18), «*Homo ferus*» (p. 19), «*Homo gaudens*» (p. 20), etc., combinando conceptos clásicos con otros contemporáneos, como «*Homo running*» (p. 37), por ejemplo, y planteando una adaptación del término que debe sobrevivir. Los monólogos se reproducen de manera libre, casi aleatoria, como bien pudiera ser la historia, la cual nunca se repite; pero el vacío que domina la *conditio humanae* —lejos de interpretaciones rousseauianas— sigue siendo la constante. Si algo se aprecia con claridad en estos «Veintiún poemas en prosa dedicados a quien se hacía llamar *Homo*, en otros tiempos», es la rotundidad de la constatación de una identidad proteica, cambiante, y el vacío más absoluto dominando esa condición, que a lo largo de la historia se rellena ideológicamente de diferentes estructuras, las cuales no son eternas, y que aunque poseen un armazón gramatical, no significa lo mismo decir «yo» en el siglo XXI que en el siglo XI o en el siglo I. A veces hay un diálogo de un yo desdoblado en un tú, que a través de un monólogo interior

trata de salvarse: «Si eres tú quien ama y desafía libre la montaña, yo debo ser tu segundo aliento, la gloria con su baba de gloria y una suela rota entre llagas. ¡Ávidos corredores de fondo, tercios conquistadores de nadas!» (p. 37). Este *homo running* es el mismo que al inicio comienza un viaje en *homo viator*.

El hombre —antes incluso de que naciera la Historia, en el origen del Mito— parte de la lucha con la naturaleza, pero tras ese dominio necesita mirarse interiormente, y ahí comienza a construirse, en «*Homo legens*» (p. 34), hombre que lee u hombre leyenda, que pone en marcha todo, es decir la imaginería de «*Homo symbolicus*» (p. 32): «He grabado a fuego la palabra «amor», hasta perderme por los arrecifes macilentos de su sol. Y he perdido por ello el sentido del tacto entre tanta marea nocturna. En muy pocas, he acariciado las palabras «amigo» y «libertad» hasta verme incrustado en los espejos de los otros, los ningunos y —también, por fortuna— de los elegidos. Este ritual macabro lo repito un segundo cada cien años, cada vez que nadie me piensa o alguien se niega.» (ibíd.). Simultáneamente converge el ser humano en estratos en un solo pestañeo, y en una mirada se descubre lo mismo, repetido a lo largo de los siglos: «Aquí tu amor fósil, tu brava inmundicia al desnudo, tras la vitrina.» (p. 18), desde el Museo de Historia Natural.

Se trata de una perspectiva antropológica muy necesaria para comenzar a leer *Medio mundo en luz*, que se plantea más allá de nuestra experiencia en el mundo, como en «*Homo ferus*» (p. 19): «Despidete de la vida, hombre de hojalata», porque no hay nada más allá, aunque los momentos de iluminación —destellos— o creación y revelación, en la poesía se consagrarán como los más importantes, como cúspides, y en ella encontrarán su apogeo. Así en «*Homo faber*» (p. 22). «*Homo gaudens*» (p. 20) es la verificación de la poesía, el hombre reducido a *logos*, y el *logos* heideggeriano elevado a la enésima potencia, quitaesenciado a través del lenguaje: «De este cadáver lúdico que os habla, el jugo constante del silencio: la tersa grafía que aúlla qué feliz destierro.» (ibíd.). La poesía resulta en muchos de estos poemas en prosa como la flor que se abre, la única explicación bella a la que se ve abocado el hombre entre

tanta miseria, como en «*Homo videns*» (p. 23): «Pero el canto del poema sólo tiene ojos para los pájaros, bajo las ruedas, muertos.» (ibíd.). Así que podría decirse que muchas de estas prosas son reflexiones metapoéticas, y no nos equivocáramos. Aunque para llegar a la poesía habría que atravesar el sentido «lógico» del ser humano y su interioridad, ese «*Homo menstrualis*» (p. 24) que no se halla exento de su relación con el mundo, que establece sus distancias con él, como en «*Homo fobicus*» (p. 26), y que exige desde la abstracción, a veces incluso caricaturesca, grotesca o expresionista, como en «*Homo economicus*» (p. 28), una reivindicación: desde el yo al mundo, como en «*Homo sapiens*» (p. 30) u «*Homo loquens*» (p. 31), es decir desde el pensamiento hacia las cosas, hacia el mundo, y desde el mundo y las cosas hacia el pensamiento, en conflicto con el lenguaje: «O tal vez tú, verdugo, que maldices mil veces tu nombre en silencio.» (ibíd.), para llegar al «*Homo minimus*» (p. 36): «Pequeño soy, libre me siento. Y cuanto más pequeño más libre [...] Sin enredos, sin más adversario que el hombre mínimo de dentro» (ibíd.). Se impone la mirada interior... Leyendo esta sección del libro, hemos recordado pasajes de *La condición humana*, de Hannah Arendt.

La segunda parte de este *Medio mundo en luz*, «Esperanza de vida», se presenta como libro de viajes, desde el lúdico «Microfilm (*Apuntes para un último retrato*)» (pp. 43-44), que se halla muy en relación con ese hombre que va construyéndose interiormente, sin llegar sin embargo a ningún sitio. Y sin pertenecer a ningún sitio, como en «Patria, cuyo nombre es» (pp. 45-46), donde se alude a nuestra condición apátrida, si bien el mar Mediterráneo («Mediterrània», p. 47) se establece como referente en el siguiente poema... Entre otras vetas temáticas, se despliegan recuerdos infantiles en «Playa es Còdols (Ibiza, 1979)» (p. 57), pero también el poeta se abre hacia la crítica social, entre otros «Edchera» (pp. 58-59), o poscolonial, como en «Moros y cristianos» (pp. 60-64), donde también se alude al fracaso de la Revolución Cubana y, de paso, un replanteamiento de la izquierda, que ha perdido su relato o discurso... Como último apunte, el poema en prosa «Resiliencia en la

espera» (pp. 78-80), resume en ciertos párrafos algunos de todos estos temas que hemos tocado, apuntalado el poemario a través del homenaje explícito al padre y a la madre, y que viene a implantar un guiño intratextual desde lo concreto de aquellas lecturas abstractas, a modo de matrices, de la otra sección del libro: «Ajenos a la barbarie, removemos el polvo simple que anegó el vino y los víveres de hombres y mujeres seculares, esparcidos en noche entre restos de alimañas, esquirlas de sílex dentado, fragmentos de *sigilatta* y cerámica cardial, casquillos de la Guerra Civil, latas oxidadas y sestericios magullados pagando su tributo al agua que resbala entre el silicio y la calma.» (p. 80).

Medio mundo en luz podría llevarnos más lejos, pero los márgenes de una reseña, que ya hemos excedido, no dan más de sí. Sin embargo, hay que decir para concluir que hay que leer y releer, paladear incluso, este libro. Joan de la Vega había demostrado en sus anteriores poemarios que era un poeta a tener en cuenta, uno de los más interesantes de su generación, con una propuesta muy particular y nada convencional, y esta nueva entrega lo ha confirmado sobradamente. Enhorabuena.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

JUAN CARLOS ABRIL acaba de publicar *En busca de una pausa* (Pre-Textos). Libros suyos anteriores son *El laberinto azul* y *Crisis*. Profesor, crítico y ensayista, ha editado la obra de importantes poetas. Dirige la revista *Paraíso*. • **LUIS VICENTE DE AGUINAGA** (Guadalajara, México, 1971) es profesor, ensayista e investigador. En 2107 publicó el libro de poesía *Qué fue de mí*, y dos años antes la antología *Orden aleatorio (cincuenta poemas 1989-2014)*. Ha obtenido los premios de poesía Efraín Huerta y Aguascalientes. • **ENRIQUE BALTANÁS** es natural de Alcalá de Guadaíra, donde reside. Fue profesor de literatura de la Universidad de Sevilla. En 2004 reunió una selección de su poesía en *Medidas provisionales*. Libros posteriores son *Treces elegías y ninguna muerte*, *El argumento inacabado* y *Las propiedades del aire* (Premio de Poesía Unicaja). • **NONI BENEGAS** es una poeta de origen argentino radicada en España desde 1977. Libros suyos son *Animales sagrados* y *Lugar vertical* (ambos de 2012). El año pasado apareció *Ellas tienen la palabra. Las mujeres y la escritura*. En la misma editorial (FCE) ha aparecido su antología *El ángel de lo súbito*. • **JUAN BONILLA** publicó en 2014 *Hecho en falta. Poesía reunida*. Luego ha publicado *Poemas pequeñoburgueses* (2016). También novelista y cuentista, es Premio Biblioteca Breve y I Premio Bienal Mario Vargas Llosa. Su más reciente libro, bibliófilo y memorialista, es *La novela de un buscador de libros*. • **ISMAEL CABEZAS** (La Línea de la Concepción, Cádiz, 1969) es autor de los libros de poemas *Paisajes para un ciego* (2008), *Pisadas en la nieve sucia* y *Sutura* (ambos de 2015). • **JESÚS CÁRDENAS** (Alcalá de Guadaíra, Sevilla, 1973) es profesor y crítico. Libros de poesía suyos son *Después de la música* (2014), *Sucesión de lunas* (2015), *Los refugios que olvidamos* (2016) y *Raíz olvido* (2017). • **JUANA CASTRO** ganó el XXV Premio Ricardo Molina con su libro *Antes que el tiempo fuera* (2018). Otros títulos suyos son *Arte de cetrería* (1989 y 2004), *Los cuerpos oscuros* (2005) y *Heredad, seguido de Cartas de enero* (2010). • **JOSÉ CARLOS CATANO** (La Laguna, Islas Canarias, 1954) reunió su poesía en 2006 bajo el título *El amor lejano*. Luego ha venido *Lugares que fueron tu rostro* (2008). Es también novelista, ensayista y diarista. • **ROCÍO CERÓN** (Ciudad de México, 1972) ha publicado *Basalto* (Premio Gilberto Owen, 2002) entre otros libros de poesía. En España, Ediciones Liliptutienses ofreció *El ocre de la tierra* en 2011, y Amargord *Diorama*, en 2013. El poema aquí publicado forma parte de su proyecto *La observante*. • **JUAN COBOS WILKINS** es poeta y novelista. Sus dos libros más recientes son *El mundo se derrumba y tú escribes poemas* (2016) y la antología temática *Donde los ángeles se suicidan* (2018). Dirigió la Casa-Museo de Juan Ramón Jiménez en Moguer. • **JOSÉ DANIEL ESPEJO** (Orihuela, 1975) reside en Murcia, tras haberlo hecho en otras ciudades europeas. Es autor de *Música para ascensores* (2007) y *Mal* (2014), entre otros libros y cuadernos de poesía. • **ALFREDO FÉLIX-DÍAZ** (Ciudad de México, 1974) es poeta, dramaturgo y guionista. Sus libros de poemas son *Salve Regina* (2001), *Si resistimos* (2008, accésit del Premio Adonáis) y *Nada que perder* (2013). • **PEDRO GANDÍA** (1953), pintor, escultor, profesor de Literatura, es autor de varios libros de poemas, obras de narrativa y traducciones de Wilde, Valéry o Baudelaire, entre otros. • **MARGARITA GARCÍA CANDEIRA** es profesora en la Universidad de Huelva. Es autora de estudios sobre Luis García Montero, María Cebreiro, Rosalía de Castro o Jorge Riechmann. • **VÍCTOR JIMÉNEZ** (Sevilla, 1957) es autor de diez libros de poemas, el más reciente los cuales es *Frecuencia modulada* (Premio Paul Beckett, 2018). En 2009 publicó una antología de su obra anterior: *El tiempo entre los labios*. • **JUAN LAMILLAR** (Sevilla, 1957) es autor de numerosos libros de poemas y de una amplia obra crítica. En la colección de antologías de la editorial Renacimiento reunió una selección de su obra en verso con el título *Entretiempos* (2015). • **JOSÉ DOMINGO MORA** (El Cerro del Andévalo, Huelva, 1979) es periodista y profesor, y autor de la novela *La espiral del caos*

(2018). • **BLAS MUÑOZ PIZARRO** (Valencia, 1943), profesor y filólogo, reunió una muestra de su obra poética en el volumen *De la luz al olvido. Antología personal (1960-2013)*, aparecido en 2015. Entre los premios que ha obtenido está el Ernestina de Champourcín o el Premio de la Crítica Valenciana. • **MONTSE ORDÓÑEZ** (Barcelona, 1974) ha publicado en revistas literarias de Estados Unidos, Chile y España. Es autora del libro de poemas *La orilla de los nadie* (2018). • **JORGE ORTEGA** (Mexicali, Baja California, 1974), poeta, ensayista y profesor, obtuvo el Premio Nacional de Poesía Tijuana 2001. Con su libro *Estado del tiempo* (2005) fue finalista del Premio Hiperión, y con *Devoción por la piedra* (2016) logró el Premio Jaime Sabines. • **JOSÉ MARÍA PARREÑO** (Madrid, 1958) fue Premio Adonáis de poesía por *Instrucciones para blindar un corazón* (1981 y 2009). Después reunió su obra hasta la fecha en *Fe de erratas* (1990). El más reciente de sus libros de poemas es *Pornografía para insectos* (2014). • **JUAN PEÑA** (Paradas, Sevilla, 1961) reunió en 2013 una antología de su obra bajo el título *La misma monotonía*. De 2016 es su libro *Destilaciones*. • **ROSARIO PÉREZ CABAÑA** (Sevilla, 1967), tras haber publicado una colección de relatos, se estrenó como poeta con *Mientras tú cantas* (2007). Tras varios libros más en este género, ha publicado *Inventario* en 2018. • **EMILIO QUINTANA** (Loja, 1964) actualmente profesor del Instituto Cervantes en Estocolmo. Es autor de *El mal poeta* (1993) y de *Poetas escritos a lápiz* (2012). • **NARCISO RAFFO** es autor de *Implosión de la memoria* (2015). Coordina *Zéjel*, revista de arte, literatura y pensamiento. • **JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA** (Córdoba, 1972) es poeta, narrador, traductor y crítico literario. De 2015 es su libro de poesía *Un mínimo de racionalidad un máximo de esperanza*. • **SANDRA SÁNCHEZ** (Oviedo, 1971) es autora de los libros *Una manzana en la nevera* (2017) y *Poemas del frío* (2018). Ha publicado también microrrelatos. • **LAWRENCE SCHIMEL** (Nueva York, 1971) es un poeta estadounidense residente en Madrid. También editor, narrador y traductor, su obra ha sido traducida a varios idiomas. • **CARLOS SERRATO** (La Línea, Cádiz, 1961) es profesor de Periodismo de la Universidad de Sevilla. Es autor de *¿Cómo se lee un poema visual?* (2003). Obtuvo el Premio Internacional de Ensayo Gerardo Diego por su libro sobre Jenaro Talens *La mirada de Orfeo* (2016). Poesía propia, ha publicado *Fulgur y fiebre* (2017). • **ADOLFO SOARES NOGUEIRA** (Lisboa, 1982) es autor de *As coisas não têm significação* (2007) y *Hay bastante poesía en no pensar en nada* (2017). Ha publicado además poemas y artículos en diversas revistas. • **FRANCISCO SOCAS GAVILÁN** ha sido profesor de Latín de la Universidad de Sevilla. Ha traducido a Marcial, Lucrecio y Juvenal, entre otros. Ha publicado además *Séneca: cortesano y hombre de letras* (Premio Domínguez Ortiz de Biografía, 2008). • **JULIA UCEDA** (Sevilla, 1925) se licenció y doctoró por la Universidad de Sevilla. Premio Nacional de Poesía (2003) y Premio de la Crítica (2006), libros suyos son *Hablando con un haya* (2010) o *Escrito en las cortezas de los árboles* (2013). *En el viento, en el mar* (2003) recoge una selección de su obra poética. • **JORGE VALDÉS DÍAZ-VÉLEZ** (Torreón, México, 1955), diplomático de carrera, ha servido a su país en varios países. Con *La puerta giratoria* obtuvo en 1998 el Premio de Poesía de Aguascalientes, y con *Mapa mudo* el Premio Hermanos Machado. En 2018 ha publicado *Parque México (Antología poética)*. • **JOSÉ LUIS VELÁZQUEZ VÁZQUEZ** (Sevilla, 1999) estudia Filología Hispánica. Ha publicado en Cuadernos de Humo (Nueva York, 2017). • **GERARDO VENTEO** (Galera, Granada, 1963), vinculado a diferentes proyectos literarios, ha publicado recientemente el poemario *El nombre del frío* (2018). • **JORGE VILLALOBOS** (Málaga, 1995) es Premio Hiperión de Poesía 2018 por su libro *El desgarro*. Anteriormente ha publicado *La ceniza de tu nombre*, premio a la mejor ópera prima de los Premios Andaluces de la Crítica.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
**Jesús Aguado, Enrique Baltanás, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorriá, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica
Juan Diego Martín Cabeza

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN 2341-2224
DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2018 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores



ISSN: 2341-2224



9 772341 222014